



CRISTO NUESTRA ESPERANZA

Carta Pastoral para el Año Jubilar de la Esperanza

Obispo James R. Golka
12 de diciembre de 2024



Diócesis de Colorado Springs
Oficina del Obispo
228 N. Cascade Ave.
Colorado Springs, CO 80903
12 de diciembre de 2024

A los fieles de la Diócesis de Colorado Springs:

¡La paz sea con ustedes! Estoy muy feliz de compartir con ustedes mi primera carta pastoral titulada “Cristo Nuestra Esperanza”. La carta pastoral se centra en el tema de la esperanza, no sólo por la celebración del próximo Año Jubilar de la Esperanza, sino que también proyecta una visión pastoral para la diócesis de cara al futuro, para animarnos a todos a ser testigos de esperanza en nuestro mundo mientras seguimos fortaleciendo la misión de la Nueva Evangelización. Les pido que lean la carta en oración y consideren cómo pueden moldear su propia vida personal como discípulos de Jesús, así como los esfuerzos ministeriales de nuestras parroquias, porque «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Romanos 5, 5).

También los animo a leer esta carta con una actitud abierta a la presencia del Espíritu Santo que está trabajando en nuestra diócesis de muchas maneras poderosas. Este Año Jubilar de la Esperanza es una gran ocasión de gracia para ayudarnos a todos a crecer en humildad, unidad y caridad, para realizar el trabajo que el Señor nos ha pedido en este tiempo dinámico y desafiante de la historia de la Iglesia. Que como “peregrinos de la esperanza” caminemos juntos con la misma esperanza y ánimo que San Pablo dio a la Iglesia de Éfeso: “Él comunicó a unos el don de ser apóstoles, a otros profetas, a otros predicadores del Evangelio, y a otros pastores o maestros. Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios...” (Efesios 4, 11-13).

Sinceramente en Cristo,

+ James R. Golka

Excmo. y Rvdmo. Mons. James R. Golka,
Obispo de Colorado Springs

Carta Pastoral para el Año Jubilar de la Esperanza

“CRISTO NUESTRA ESPERANZA”

Introducción: Cristo Nuestra Esperanza

Cristo es nuestra esperanza. Sesenta años después de la clausura del Concilio Vaticano II, que provocó la renovación misionera de la Iglesia para llevar la alegría y la esperanza¹ de Jesucristo al mundo moderno, el Papa Francisco ha convocado un Año Jubilar de la Esperanza, una esperanza en Jesucristo que no defrauda.²

El Año de la Esperanza continúa la labor de la Nueva Evangelización inaugurada por la renovación pastoral del Vaticano II y puesta en práctica especialmente por el pontificado de San Juan Pablo II. En el anterior Año Jubilar ordinario, que celebraba el aniversario número 2000 de la Encarnación de Jesucristo, San Juan Pablo II invitó a la Iglesia a abrazar el nuevo milenio con una profunda renovación misionera. Al final de ese Año Jubilar, animó a la Iglesia a entrar en el Tercer Milenio como una Iglesia misionera inspirada en la esperanza:

¡Avancemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un vasto océano en el que nos aventuraremos, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor a la humanidad, actúa también hoy: necesitamos ojos perspicaces para verlo y, sobre todo, un corazón generoso para convertirnos en instrumentos de su obra. ¿Acaso no hemos celebrado el Año Jubilar para renovar nuestro contacto con esta fuente viva de nuestra esperanza? Ahora, el Cristo que hemos contemplado y amado nos invita a ponernos de nuevo en camino: “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). El mandato misionero, nos acompaña en el Tercer Milenio y nos insta a compartir el entusiasmo de los primeros cristianos: podemos contar con el poder del mismo Espíritu que fue derramado en Pentecostés y que nos impulsa aún hoy a comenzar de nuevo, sostenidos por la esperanza “que no defrauda” (Romanos 5, 5).³

Veinticinco años después, este Año Jubilar de la Esperanza nos anima a continuar esta misma misión de la Nueva Evangelización que nos ha sido confiada: para encontrar más profundamente a Cristo nuestra esperanza, para reconocer su presencia providencial que trabaja en la Iglesia y en el mundo, y para responder a su mandato misionero de hacer discípulos de todas las naciones siendo testigos de alegría y esperanza en el mundo de hoy.

¹ Cf. Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1

² Cf. Papa Francisco, *Spes non Confundit*, 1

³ San Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 58

Preguntas de estudio para la introducción

1. El Catecismo de la Iglesia Católica define la esperanza como “la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (1817). ¿Por qué nuestra esperanza debe descansar siempre en Cristo? ¿Qué ocurre cuando ponemos nuestra esperanza en cosas terrenales, como la gente, la política, la riqueza, el poder o el placer?
2. ¿Es posible tener alegría sin esperanza? ¿Por qué sí o por qué no?
3. La carta a Hebreos nos dice que “la fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven” (Heb 11, 1). ¿Cuál es la relación entre fe y esperanza?

Parte I: Encontrar a Cristo Nuestra Esperanza

El Papa Francisco nos ofrece una visión clara del Año Jubilar de la Esperanza: “Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, ‘puerta’ de salvación (cf. Jn 10, 7. 9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como ‘nuestra esperanza’ (1 Tm 1, 1)”.⁴ Si bien, en última instancia, es misión y deber de la Iglesia proclamar a Cristo como nuestra esperanza y la esperanza del mundo. *Nuestra primera y principal tarea es encontrar a Jesucristo de una manera más profunda y personal* para que podamos renovarnos en la esperanza y, a través de la conversión personal, convertirnos más profundamente en Él. Sólo cuando nos fascinamos con Cristo y permitimos que transforme nuestras vidas, somos verdaderamente capaces de ser sus testigos de esperanza. “El encuentro con el Señor produce una profunda transformación de quienes no se cierran a Él. El primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro. No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la mujer Samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: ‘Venid a ver’ (Jn 4, 29)”.⁵

Renovación de Nuestra Esperanza en Cristo

San Agustín dice: “Pero ¿y tú? Espera en el Señor. Esos otros también esperan, pero no en el Señor. Su esperanza está condenada a morir, su esperanza es perecedera, frágil, fugaz, transitoria y vana. Pero tú, *espera en el Señor*.”⁶ No podemos tener verdadera fe en Jesús y ser sus discípulos si no tenemos esperanza en Él. Solo Cristo tiene el poder de redimirnos del pecado y darnos la vida eterna. El Papa Benedicto XVI señala en su encíclica *Spe Salvi* que la base de muchas de nuestras creencias modernas busca la redención por medios humanos, en lugar del Señor. Como resultado, muchos perciben la fe como “en cierto modo irrelevante”, y esto “influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana”.⁷ La crisis de esperanza en nuestro tiempo es que nuestra esperanza está más a menudo en nosotros mismos y no en Dios. La verdadera esperanza siempre nos llama a mirar más allá de nosotros mismos y a saber que hay Uno que es infinitamente más poderoso, sabio, amoroso y misericordioso que nosotros. La esperanza también nos invita a confiar en los demás, en aquellos a quienes Dios envía a nuestras vidas para que nos acompañen en nuestro camino de fe. Cuando confiamos sólo en nosotros mismos, intentando controlar los acontecimientos externos y determinar sus resultados, pecamos contra la esperanza al negar que somos peregrinos cuyas vidas son un viaje de fe que, en última instancia, está en manos de Dios.

⁴ *Spes non Confundit*, 1

⁵ San Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 68

⁶ Exposición 1 de Ps. 36, Sec. 4

⁷ Papa Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 17

En la raíz de la esperanza está la confianza. Cristo, nuestra esperanza, a menudo se representa como un ancla, que simboliza la realidad de que no importa lo que se nos presente, ya sean pruebas, decepciones, fracasos o sufrimientos, estamos firmemente anclados a Cristo y Él nunca se aleja de nosotros. Para tener esperanza en Dios, primero debemos confiar en Él y saber que Dios tiene un plan específico para cada uno de nosotros. Debemos saber que el drama de nuestras vidas que se desarrolla diariamente está guiado por el amor providencial de Dios. Esto no solo conducirá a la esperanza en Dios, sino también a nuestra verdadera paz y felicidad. “Nuestro gran drama es este: El hombre no tiene confianza en Dios. De ahí que busque en todos los lugares posibles salir con sus propios recursos y se haga terriblemente infeliz en el proceso antes que abandonarse en las manos tiernas y salvadoras de su Padre que está en los cielos”.⁸ Cada día debería comenzar con nuestra esperanza puesta en Dios y una entrega a su plan de amor para cada uno de nosotros.

La Renovación de Nuestras Mentes y Corazones en Cristo

Esta esperanza y confianza en Jesús, solo se pueden fortalecer y sostener cuando lo encontramos personalmente y permitimos que nuestras mentes y corazones sean renovados por su verdad y gracia. “No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Romanos 12, 2). Solo Jesús revela plenamente el amor misericordioso de Dios y también revela la verdad sobre la persona humana, que da sentido a nuestras vidas. “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.⁹ La crisis actual, tanto en el mundo como en algunos lugares de la Iglesia, es que hemos perdido nuestra historia, la historia del amoroso plan de salvación de Dios. Fortalecer nuestra esperanza en Cristo para compartir esa esperanza con otros implica *volver a adquirir una cosmovisión bíblica* a través de la lectura en oración y el estudio de las Sagradas Escrituras, la catequesis y la formación continua, y la educación en el testimonio y la sabiduría de los santos que nos han precedido en la vida heroica de la fe católica. Esta conversión de mente y corazón nos ayudará a *ver, pensar y actuar como Jesús* y a ser sus discípulos y testigos en el mundo.¹⁰

Que este Año de la Esperanza sea un momento para que nuestras parroquias *vuelvan a comprometerse con la catequesis y la formación continua y de por vida* para estar “siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen” (1 Pedro 3, 15). Este encuentro con Cristo a través de la catequesis y la formación continua es esencial para que la Nueva Evangelización arraigue. “La Nueva Evangelización, en la que todo el Continente está comprometido, indica que la fe no puede darse por supuesta, sino que debe ser presentada explícitamente en toda su amplitud y riqueza. Este es el objetivo principal de la catequesis, la cual, por su misma naturaleza, es una dimensión esencial de la Nueva Evangelización. ‘La catequesis es un proceso de

⁸ P. Jacques Philippe, *Buscar y mantener la paz*, pág. 26

⁹ Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 22

¹⁰ Cf. San Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, 20

formación en la fe, la esperanza y la caridad que forma la mente y toca el corazón, llevando a la persona a abrazar a Cristo de modo pleno y completo. Introduce más plenamente al creyente en la experiencia de la vida cristiana que incluye la celebración litúrgica del misterio de la redención y el servicio cristiano a los otros”.¹¹

Nuestra Mirada Fija en Cristo en la Oración

Para ser testigos de la esperanza, necesitamos ser personas de profunda oración y contemplar el rostro de Cristo. San Juan Pablo II nos recuerda que “Nuestro testimonio sería, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro”.¹² *La Iglesia de la esperanza debe ser una Iglesia de oración.* Jesús nos dice que necesitamos permanecer en Él a través de la oración si queremos dar fruto: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer” (Juan 15, 5). De estas palabras de Jesús se desprenden dos puntos clave. En primer lugar, sólo en la oración podemos ser fructíferos en la realización de la obra del Señor. En segundo lugar, y quizá aún más importante, es que sin oración no podemos hacer literalmente nada en la vida espiritual. Sin la oración, nos soltamos de nuestra ancla de esperanza. Sólo la oración puede apartar nuestra mirada de las cosas de este mundo que no satisfacen, y permitirnos esperar en la plenitud de vida que sólo viene de Dios. “La oración puede cambiar verdaderamente tu vida. Porque desvía tu atención de ti mismo y dirige tu mente y tu corazón hacia el Señor. Si solo nos miramos a nosotros mismos, con nuestras limitaciones y pecados, rápidamente damos paso a la tristeza y al desánimo. Pero si mantenemos nuestros ojos fijos en el Señor, entonces nuestros corazones se llenan de esperanza, nuestras mentes se lavan con la luz de la verdad y llegamos a conocer la plenitud del Evangelio con toda su promesa y vida”.¹³

La Eucaristía es el Sacramento de la Esperanza

“Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mateo 28, 20). Jesús prometió que siempre estaría con nosotros en el corazón de la Iglesia. Esta promesa se cumple más profundamente en la Sagrada Eucaristía, que es el *Sacramento de la Esperanza* porque Jesús está siempre con nosotros, alimentándonos y nutriéndonos en nuestro camino hacia el cielo. Jesús nos espera siempre en la Eucaristía y nos invita a un encuentro personal con Él para que tengamos plenitud de vida con Él ahora y por toda la eternidad. Como nos anima el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía expectantes *beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi* (‘Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo’), pidiendo entrar ‘[en Tu Reino], donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como Tú eres, Dios

¹¹ *Ecclesia in America*, 69

¹² *Novo Millennio Ineunte*, 16

¹³ San Juan Pablo II, *Encuentro con la Juventud*, Nueva Orleans, Luisiana, 1987

nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro”.¹⁴

En la Eucaristía también *encontramos al Cristo victorioso* y experimentamos aquí y ahora la esperanza de nuestra gloria futura de la vida eterna con él en el cielo. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Juan 6, 54). Cuando participamos en el Santo Sacrificio de la Misa, ya estamos compartiendo la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte; *esta victoria no es un evento futuro, sino que está sucediendo aquí y ahora*. “[Es] igualmente cierto que, especialmente en la liturgia Eucarística, se nos da a pregonar el cumplimiento escatológico hacia el cual se encamina todo hombre y toda la creación (cf. Rm 8,19 ss.). El hombre ha sido creado para la felicidad eterna y verdadera, que sólo el amor de Dios puede dar... Aunque permanecemos ‘extranjeros y exiliados’ en este mundo (1 Pedro 2, 11), a través de la fe ya compartimos la plenitud de la vida resucitada”.¹⁵ El Año de la Esperanza, coincidiendo con el Avivamiento Eucarístico Nacional, ofrece una excelente oportunidad para encontrar a Jesús más profundamente en la Eucaristía, particularmente a través de la catequesis litúrgica inspiradora, las celebraciones reverentes de la liturgia y, especialmente, a través del fomento de la adoración eucarística en nuestras parroquias.

El Sacramento de la Reconciliación Renueva Nuestra Esperanza

También experimentamos la esperanza a través del Sacramento de la Reconciliación, donde encontramos personalmente el amor misericordioso de Cristo. *El confesionario es la sala de sanación de Dios* donde no solo nos perdona nuestros pecados, sino que, como Médico Divino, sana las heridas de nuestros corazones y nos restaura a la plenitud de la vida. *¡Qué gran esperanza tenemos en este gran sacramento de la misericordia!* “La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor borre nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que reconciliándonos con Él (cf. 2Co5,20), experimentando su perdón”.¹⁶ Animo encarecidamente a todas nuestras parroquias y escuelas a poner el sacramento de la Reconciliación a disposición de los fieles en la medida de lo posible, así como a ofrecer una sólida catequesis sobre el sacramento para que pueda ser recibido con gran fe, esperanza y fecundidad.

Esperanza en la Presencia y el Poder del Espíritu Santo

El Año de la Esperanza también nos invita a encontrarnos más fácilmente con la presencia y el poder del Espíritu Santo que actúa en la Iglesia, en el mundo y a través de nosotros. “Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes” (Juan 14, 16). Este mismo Espíritu Santo prometido por Cristo y enviado poderosamente en

¹⁴ CIC, 1404

¹⁵ Papa Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 30

¹⁶ *Spes non Confundit*, 23

Pentecostés, sigue presente y activo en la Iglesia de hoy. “El Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial”.¹⁷ Por lo tanto, debemos abrir nuestros corazones más profundamente a la presencia y al poder del Espíritu Santo, y a la gracia y los dones que nos da a través de nuestro Bautismo y Confirmación. Al hacerlo, confiaremos en la victoria de Cristo y proclamaremos al mundo su alegría y su esperanza.

Devolver la iniciativa a Dios

Por último, debemos recurrir a la oración, y con fe y esperanza, pedir al Espíritu Santo que nos guíe en nuestra vida cristiana. Dios tiene un plan y un propósito para nuestras vidas, nuestras familias, nuestros ministerios y apostolados, y necesitamos discernir y conocer mejor sus planes. El Cardenal Raniero Cantalamessa, en un retiro para los obispos de los Estados Unidos en 2019, explicó la importancia de *devolver el poder y la iniciativa a Dios* a través de la oración y el discernimiento. “Necesitamos ‘devolver el poder a Dios’: el poder de decidir, la iniciativa, la libertad de intervenir en cualquier momento de la vida de la Iglesia. En otras palabras, tenemos que volver a poner nuestra confianza en Dios, no en nosotros mismos. La Iglesia no es un bote de remos impulsado por la fuerza y la destreza de los brazos de quienes la componen, sino un velero movido por el viento que sopla “desde lo alto”. Nadie sabe ‘de dónde viene o a dónde va’ (Juan 3, 8), pero el viento es atrapado por la ‘vela’ de la oración”.¹⁸ En este Año de la Esperanza, invito a toda la Diócesis de Colorado Springs a unirse a mí para ofrecer en oración nuestra diócesis, parroquias, apostolados y familias para que el Espíritu Santo nos revele más claramente su plan y cómo desea utilizarnos a todos para llevar la esperanza y la alegría de Cristo al mundo.

¹⁷ San Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 21

¹⁸ Raniero Cantalamessa, *Shepherds and Fishermen [Pastores y pescadores]*, pág. 15

Preguntas de estudio para la primera parte

1. ¿Qué significa estar fascinado por Cristo? ¿Cuándo y dónde lo he encontrado en su vida? ¿Cómo puedo desarrollar o profundizar tu capacidad de verlo y de ser consciente de su presencia? ¿Por qué es tan importante la oración en la vida espiritual y cómo puedo cultivar el hábito de la oración?
2. ¿Veo a Dios como digno de confianza? ¿Qué ha ocurrido cuando he depositado mi confianza en Dios? ¿Cómo puede ayudarnos la virtud de la humildad a crecer en confianza?
3. En el libro *De la cristiandad a la misión apostólica*, los autores afirman que “la nueva evangelización apunta a la renovación de la mente, porque reconoce que las mentes de las personas han sido bombardeadas por una avalancha diaria de falsos evangelios, lo que lleva a la confusión y la distracción de las realidades invisibles a las preocupaciones únicamente de este mundo... La gran tarea apostólica de nuestro tiempo es conseguir una auténtica conversión de la mente y de la visión” (66, 69). ¿Qué es la conversión y debo considerarla un proceso que dura toda la vida o un acontecimiento único? ¿Qué dicen las Escrituras y la Iglesia sobre la conversión, y qué papel juegan la oración y los sacramentos? ¿Qué áreas de mi vida puede estar Dios pidiéndome que le entregue para su conversión y/o sanación?
4. En la Eucaristía, experimentamos la esperanza, tanto la Presencia Real de Cristo aquí y ahora, como la anticipación de la gloria futura. ¿Cómo sostiene la Eucaristía nuestra esperanza? ¿Cómo podemos prepararnos para recibir a Nuestro Señor con esperanza?
5. Jesús dijo a Santa Faustina que el Sacramento de la Reconciliación es un “tribunal de misericordia”. Cuando nos acercamos al Señor en el Sacramento de la Reconciliación, nos acercamos a Él reconociendo nuestra culpa y sabiendo que recibiremos perdón, misericordia y amor. Se alegra de nuestro arrepentimiento y de que volvamos a Él. Si empezáramos a pensar en la confesión como un “tribunal de misericordia” en lugar de un lugar de juicio, ¿cómo podría esto ayudarnos a ver el Sacramento de la Reconciliación como algo esperanzador? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde mi última confesión? ¿Me he planteado recibir este sacramento con regularidad?
6. A menudo se representa a la Iglesia como una “barca” sobre las olas de la vida en su viaje hacia el cielo. El cardenal Cantalamessa utiliza la imagen de la Iglesia no como un “bote de remos”, sino como un “velero” impulsado por el soplo del Espíritu Santo. ¿Qué me parecen estas imágenes? ¿Cómo podemos escuchar mejor al Espíritu Santo? ¿Cómo veo los dones (sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, conocimiento, piedad y temor del Señor) y los frutos (caridad, alegría, paz, paciencia, bondad, generosidad, gentileza, fidelidad, modestia, autocontrol y castidad) del Espíritu Santo en mi vida?

Parte II: Razones para la Esperanza Hoy

Una de las grandes tácticas del diablo hoy en día es tentarnos al desánimo y a la desesperación. No sólo vemos el desánimo y la desesperación presentes en nuestra cultura, sino que incluso muchos en la Iglesia pueden sentirse desanimados ante el estado de nuestros asuntos actuales. Sin embargo, al leer los signos de los tiempos y sintonizar con la obra del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo, *este no es un tiempo de desaliento, sino un tiempo de gran esperanza y celo misionero*. San Juan Pablo II entendió esto claramente y nos animó: “este no es momento para avergonzarse del Evangelio. Es el momento de predicarlo desde los tejados. No tengan miedo de salir de los modos de vida cómodos y rutinarios, para asumir el desafío de dar a conocer a Cristo en la ‘metrópolis’ moderna”.¹⁹ Por eso, en este Año de la Esperanza, nos animan hoy muchos motivos de esperanza.

La Iglesia se ha Preparado para Estos Tiempos

Uno de los grandes signos de nuestro tiempo, es la *presencia y el poder del Espíritu Santo que ha preparado a la Iglesia para estos tiempos*. Muchos ven a la Iglesia como “atrasada” o luchando para enfrentar las crisis pastorales actuales, pero el Espíritu Santo ha preparado y renovado a la Iglesia de una manera poderosa y decisiva para enfrentar los desafíos de nuestros días. “En nuestro tiempo, en la renovada efusión del Espíritu de Pentecostés que tuvo lugar con el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha madurado una conciencia más viva de su naturaleza misionera y ha escuchado de nuevo la voz de su Señor que la envía al mundo como ‘sacramento universal de salvación’”.²⁰ El Vaticano II fue la mayor intervención del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia desde el Concilio de Trento. Así como el Espíritu Santo preparó a la Iglesia después del Concilio de Trento para la renovación de la Contrarreforma, el Espíritu Santo, a través del Vaticano II, ha renovado a la Iglesia en su misión de llevar el Evangelio de Jesucristo a nuestra cultura post-cristiana y secular a través de una Nueva Evangelización. Para que esta Nueva Evangelización florezca plenamente, es necesario redescubrir la verdadera enseñanza y el espíritu del Vaticano II.

El Año de la Esperanza es un momento providencial para releer los documentos del Vaticano II y recibir de ellos la visión y el proyecto de la Nueva Evangelización y la llamada al discipulado misionero. La Nueva Evangelización y su misión y puesta en práctica no pueden conocerse al margen de la renovación misionera provocada por el Vaticano II. San Juan Pablo II nos recuerda la importancia del Concilio para nuestro tiempo: “A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos importantes y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia... siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el

¹⁹ 8ª Jornada Mundial de la Juventud, Misa en el Parque Estatal Cherry Creek de Denver, 15 de agosto de 1993

²⁰ San Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 2

Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”.²¹

Animo a todos los fieles de la diócesis a que, mediante su lectura y estudio en oración, redescubran las hermosas e inspiradoras enseñanzas del Vaticano II, a través de las cuales el Espíritu Santo ha suscitado una nueva y fresca efusión del espíritu de Pentecostés para una Nueva Evangelización. Que nuestra diócesis sea respuesta y testimonio de la oración del Papa Benedicto XVI: “Queremos implorar de Dios la gracia de un nuevo Pentecostés para la Iglesia en América. ¡Que desciendan sobre todos los presentes, lenguas como de fuego, fundiendo el amor ardiente a Dios y al prójimo con el celo por la propagación del Reino de Dios!”.²²

Nacimos Para Estos Tiempos

La renovación del Vaticano II dejó claro que *cada persona en la Iglesia tiene un papel que desempeñar en la misión de la Nueva Evangelización*. Esto significa que podemos tener una gran esperanza en el hecho de que cada uno de nosotros nació en este tiempo, en este lugar, y con un propósito particular de traer la esperanza de Cristo al mundo. Si abrimos nuestros corazones a Dios y le pedimos, Él nos revelará el plan y el propósito que tiene para nuestras vidas. “Dios podría habernos elegido para estar vivos en algún otro momento de la historia, pero en su providencia y amor nos ha destinado a estar vivos ahora... y nos ha equipado con dones, tanto naturales como sobrenaturales, para este tiempo”.²³ Dios tiene un plan específico para que cada uno de nosotros lo cumplamos aquí y ahora para ayudarle a cumplir su misión de salvación. San John Henry Newman nos lo recuerda en una hermosa oración: “Dios me conoce y me llama por mi nombre... Dios me ha creado para que le preste algún servicio definido; me ha encomendado algún trabajo que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión: de alguna manera soy necesario para sus propósitos... Tengo una parte en esta gran obra...”.²⁴

La Nueva Misión de los Laicos

Uno de los grandes frutos y signos de esperanza que surgieron de la renovación del Vaticano II, fue una nueva y vibrante misión de los laicos para llevar la buena nueva de Jesucristo a los lugares comunes de nuestra cultura secular. Como enseña el Concilio: “El apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación. Y los sacramentos, especialmente la sagrada Eucaristía, comunican y alimentan aquel amor

²¹ *Novo Millennio Ineunte*, 57

²² Homilía en la Catedral de San Patricio, Nueva York, 19 de abril de 2008

²³ Acts XXIX, *Re-Imagining What a Catholic Parish Could Be [Reimaginando lo que podría ser una parroquia católica]*

²⁴ Cardenal John Henry Newman, “*Some Definite Service*” from *Meditations and Devotions [Meditaciones y devociones]*.

hacia Dios y hacia los hombres que es el alma de todo apostolado. Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos”.²⁵ Este llamado personal del Señor a cada laico en la Iglesia es un gran signo de esperanza, así como un llamado para todos los laicos a “que respondan con ánimo generoso y prontitud de corazón a la voz de Cristo, que en esta hora invita a todos con mayor insistencia, y a los impulsos del Espíritu Santo. Sientan los jóvenes que esta llamada va dirigida a ellos de manera especialísima; recíbanla con entusiasmo y magnanimidad”.²⁶ En este Año de la Esperanza, animo vivamente a todos los laicos, especialmente a los jóvenes, *a asumir esta llamada a ser testigos de Cristo dondequiera que los guíe, especialmente en el matrimonio y en la vida familiar*. Ustedes tienen un testimonio indispensable para la misión de la Nueva Evangelización y para la construcción de una civilización de vida y de amor.

Los Campos Están Maduros para la Siega

Hoy volvemos a escuchar la voz de Jesús: “Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega” (Juan 4, 35). Otra gran señal de esperanza hoy es un hambre espiritual creciente en el mundo. A medida que aumenta la ausencia de Dios en el tejido social, el hombre y la mujer modernos tienen cada vez más hambre de Él. Esto se debe a que la persona humana está programada para Dios, y estamos inquietos y ansiosos sin él, porque “Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”.²⁷ El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma esta verdad cuando enseña que “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar”.²⁸ Aunque vivimos en una cultura secular y cada vez más irreligiosa, *los hombres y mujeres modernos están buscando el sentido último de la vida que solo se puede encontrar en Jesucristo*. “Paradójicamente, el mundo, -que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios-, lo busca por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al invisible”.²⁹

Los hombres y mujeres de hoy no son muy distintos de la mujer de Samaria que Jesús encontró en el pozo: buscan a Aquel que puede darles agua viva y el sentido último de la vida. (Cf. Jn 4, 1-39). “No hay hombre o mujer que, en su vida, como la mujer de Samaría, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que sólo puede dar significado pleno a la existencia... Como Jesús, en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que

²⁵ Vaticano II, *Lumen Gentium*, 33

²⁶ *Christifideles Laici*, 2

²⁷ San Agustín, *Confesiones*, 1.1.1.

²⁸ CIC, 27

²⁹ San Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 76

puedan encontrarlo, porque sólo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna”.³⁰ Por lo tanto, *este es realmente nuestro momento católico* y para lo que la Iglesia ha sido preparada por el Espíritu Santo: *para dar testimonio de Jesucristo como la respuesta al sentido último de la vida y a las preguntas apremiantes que se hacen los hombres y mujeres de nuestros días.*

La Era Digital y la Nueva Evangelización

Por último, en la providencia de Dios, la Nueva Evangelización ha surgido en los albores de la era digital, que permite a la Iglesia proclamar el Evangelio literalmente hasta los confines de la tierra. Así como la infraestructura del Imperio Romano, como las carreteras y un sistema postal, hicieron posible que San Pablo y los primeros cristianos difundieran el Evangelio por todo el mundo antiguo, *la era digital permite a la Iglesia proclamar el Evangelio de maneras nunca antes imaginadas.* Estas nuevas formas de evangelización y catequesis deben ser abrazadas y utilizadas con el máximo impacto en la Nueva Evangelización. Como instruyó el Vaticano II: “A la Iglesia, pues, le corresponde el derecho originario de utilizar y poseer toda clase de medios de este género, en cuanto que sean necesarios o útiles para la educación cristiana y para toda su labor de salvación de las almas; a los sagrados Pastores les compete la tarea de instruir y gobernar a los fieles, de tal modo que ellos mismos, también con la ayuda de estos medios, alcancen la salvación y la perfección propias y de todo el género humano. Por lo demás, toca principalmente a los laicos vivificar con espíritu humano y cristiano estos medios para que respondan plenamente a las grandes expectativas de la sociedad humana y al plan divino”.³¹ Como pastores, catequistas, padres y evangelistas, *debemos abrazar el don providencial de los medios digitales* y aprovechar plenamente sus posibilidades para difundir el Evangelio y ser testigos de Cristo “hasta el fin de la tierra” (Hechos 2, 8).

³⁰ *Mensaje al Pueblo de Dios*, XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 7-28 de octubre de 2012

³¹ *Inter Mirifica*, 3

Preguntas de estudio para la segunda parte

1. Parece contraintuitivo afirmar que el vacío del mundo secular proporciona un gran contexto para la esperanza, pero ¿por qué podría ser así? ¿Por qué debemos encontrar esperanza en tiempos oscuros? ¿Por qué nos tienta el diablo con el desánimo y la desesperación? ¿Por qué puede ser una táctica especialmente eficaz? ¿Cómo combatir el desánimo y la desesperación? ¿Qué herramientas nos proporciona la Iglesia para ayudarnos en esta batalla?
2. ¿Cómo habrá preparado Dios a la Iglesia para estos tiempos? ¿Hay algún santo o figura católica del siglo pasado que haya podido desempeñar un papel en este asunto? ¿Cómo veo la guía del Espíritu Santo en mi parroquia? ¿En la diócesis? ¿En el conjunto de la Iglesia?
3. El Vaticano II puede ser un tema polémico en muchos círculos católicos. ¿He leído los documentos del Concilio? En caso afirmativo, ¿ha cambiado la lectura de los documentos mi forma de entender el Concilio? ¿Por qué sí o por qué no?
4. El P. Timothy Gallagher define el discernimiento de espíritus como “el proceso por el cual buscamos distinguir entre diferentes tipos de movimientos espirituales en nuestros corazones, identificando aquellos que son de Dios y aquellos que no lo son, para aceptar los primeros y rechazar los últimos” (*El discernimiento de los espíritus*, 3). ¿Cómo puedo fomentar el discernimiento espiritual en mi vida para conocer el plan de Dios para mí y la misión a la que me llama? ¿Qué actitudes y hábitos debo cultivar? ¿Estoy creando suficiente espacio para escuchar los movimientos de Dios en mi corazón?
5. ¿Dónde están los lugares a los que sólo yo puedo ir para llevar la luz de Cristo? ¿Qué virtudes y habilidades puedo desarrollar para ser mejor testigo?
6. Los medios de comunicación pueden ser una poderosa herramienta de evangelización, pero también una poderosa arma del mal. ¿Actúo de forma responsable y virtuosa en el uso de los medios de comunicación? ¿De qué manera mi uso de los medios de comunicación ayuda o dificulta mi salvación y la de los demás? ¿Aprovecho los muchos y buenos recursos católicos disponibles para ayudarnos a mí y a mi familia a acercarnos más a Dios y a conocer mejor nuestra fe?

Parte III: Testigos de la Esperanza

A través del encuentro con Cristo y la lectura de los signos de la esperanza en nuestro tiempo, *el Año Jubilar de la Esperanza se ordena en última instancia a ser testigos de la esperanza*. Nuestro mundo llora y a medida que nuestra cultura se aleja más de Dios, perdemos de vista el verdadero sentido de la vida y lo que significa ser una persona humana. “Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”.³² Por lo tanto, estamos llamados a ser testigos de la esperanza: llevar la esperanza de Jesucristo a un mundo sin esperanza. “Con la mirada fija en Cristo, fortalecidos por la esperanza que no defrauda, caminemos juntos por los caminos del nuevo milenio: ¡Levántate, sigamos nuestro camino!”.³³ Con esta misión de esperanza ante nosotros, me gustaría compartir las siguientes prioridades pastorales en la Diócesis de Colorado Springs.

La Llamada al Discipulado Misionero

Ser discípulo, seguidor de Jesucristo, significa necesariamente estar en misión. Mediante los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, somos conformados a Cristo y sellados con el poder del Espíritu Santo para ser discípulos que comparten la misión salvífica de Cristo. “La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey tiene su raíz primera en la unción del Bautismo, su desarrollo en la Confirmación, y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía. Se trata de una participación donada a cada uno de los fieles laicos individualmente; pero les es dada en cuanto que forman parte del único Cuerpo del Señor. En efecto, Jesús enriquece con sus dones a la misma Iglesia en cuanto que es su Cuerpo y su Esposa. De este modo, cada fiel participa en el triple oficio de Cristo porque es miembro de la Iglesia; tal como enseña claramente el apóstol Pedro, el cual define a los bautizados como ‘el linaje elegido, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo que Dios se ha adquirido’ (1 Pedro 2, 9)”.³⁴

Esta participación en la triple misión de Cristo es la esencia del discípulo misionero. Al compartir el sacerdocio bautismal de Cristo, santificamos el mundo mediante el culto, la oración y nuestra propia transformación para ser como Cristo a través de la gracia de la liturgia y los sacramentos. Al compartir la misión profética de Cristo, debemos proclamar el Evangelio de Jesucristo mediante la enseñanza, la evangelización y el testimonio de nuestras vidas santas. Participamos en la realeza de Cristo construyendo el Reino de Dios mediante la administración de la gracia y los dones de Dios y el servicio cristiano, especialmente las obras de misericordia corporales y espirituales. Ser un discípulo misionero no es una opción solo para unos pocos, *sino un llamado personal del Señor para todos los bautizados*. Como nos recuerda poderosamente el Papa Francisco: “La Nueva Evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del

³² *Gaudium et Spes*, 36

³³ San Juan Pablo II, *Rise Let Us Be On Our Way*, pág. ix

³⁴ *Christifideles Laici*, 14

amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino que somos siempre ‘discípulos misioneros’”.³⁵ El llamado al discipulado misionero es la *prioridad pastoral general en la Diócesis de Colorado Springs* y debe estar en el corazón de todos nuestros esfuerzos educativos, catequéticos y pastorales.

Renovar la Misión de la Vida Matrimonial y Familiar

“El bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia”.³⁶ La familia es la Iglesia doméstica y la célula vital de la sociedad. *Por lo tanto, la dirección tanto de la Iglesia como de la sociedad va por la familia.* Las familias sanas significan una Iglesia y una sociedad sanas. Por lo tanto, el cuidado pastoral del matrimonio y la familia es una prioridad pastoral en la Diócesis de Colorado Springs. La atención pastoral y el acompañamiento en el matrimonio y la vida familiar deben extenderse más allá de la preparación matrimonial para incluir a las parejas recién casadas y a las parejas en todas las etapas de la crianza y la vida familiar. También se debe prestar especial atención a la asistencia de salud mental para las familias a fin de abordar los múltiples desafíos que enfrentan los matrimonios y las familias en la actualidad. La familia es también “el santuario de la vida”³⁷ en el que la persona humana es bienvenida y aceptada. La pastoral familiar se ordena a construir una civilización de la vida y del amor.

Los matrimonios y las familias necesitan nuestras oraciones y nuestro apoyo. Pido a los fieles de la Diócesis que recen por los matrimonios y las familias, para que tengan el valor y la fuerza de ser testigos del amor de Cristo por su Iglesia en nuestro mundo de hoy. Cuando veamos familias con niños en Misa, debemos de animarlas y acogerlas, pues estas familias son el futuro de la Iglesia y son los primeros seminarios de todas las vocaciones. El matrimonio y la vida familiar deben fortalecerse mediante la formación permanente y la catequesis, para que las parejas puedan conocer y vivir mejor su vocación de vida y amor.

Fortalecer y Animar a Nuestro Clero, Religiosos y Vida Consagrada

Como obispo de la Diócesis de Colorado Springs, una de mis principales prioridades pastorales también ha sido ayudar a nuestros sacerdotes y diáconos a ser santos, sanos y alegres. Nuestro clero necesita nuestras oraciones constantes y nuestro apoyo para que puedan ser testigos excepcionales de Cristo y dispensadores gozosos de los misterios de Cristo. *Animo a la gente de la diócesis a orar intencionalmente por los sacerdotes y diáconos que sirven en su parroquia.*

Los sacerdotes sirven como dispensadores y administradores de los misterios de Dios (1 Corintios 4, 1). Los sacerdotes deben ser hombres que ofrezcan diariamente sacrificios en unión con nuestro Gran Sumo Sacerdote, esforzándose siempre por ser ministros dignos de

³⁵ *Evangelii Gaudium*, 120

³⁶ Papa Francisco, *Amoris Laetitia*, 31

³⁷ San Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, 11

los Sagrados Misterios *celebrando los ritos de la Iglesia en fidelidad a los libros litúrgicos y en un espíritu de servicio humilde y alegre*. El día de su ordenación, el obispo les presentó los dones del pan y el vino, pronunciando estas poderosas palabras: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. San Juan Vianney, el patrón de los párrocos, dice: “El sacerdote no es sacerdote para sí mismo; no se da la absolución; no se administra los Sacramentos a sí mismo. Él no es para sí mismo, es para ti”.

Nuestros diáconos nos sirven como Cristo Servidor. Ofrecen generosamente un servicio a la Palabra (proclamando el Evangelio y pronunciando homilías), al Altar (ayudando durante la Misa) y a la Caridad Divina (su servicio en el mundo). “La espiritualidad del servicio es una espiritualidad de toda la Iglesia, en la medida en que toda la Iglesia, al igual que María es la ‘esclava del Señor’ (Lc 1,28), al servicio de la salvación del mundo. Y para que toda la Iglesia pueda vivir mejor esta espiritualidad de servicio, el Señor le da una señal viva y personal de su mismo ser como siervo... De hecho, con la sagrada ordenación, se constituye en un icono vivo de Cristo, el siervo dentro de la Iglesia ”.³⁸ También debe mencionarse el papel importante e integral que desempeñan las esposas de los diáconos en el apoyo al ministerio de sus maridos.

Las religiosas, o monjas, desempeñan un papel significativo y multifacético en la vida de la Iglesia Católica. Son mujeres que han elegido vivir una vida consagrada en comunidad, entregándose completamente a Dios y siguiendo votos de pobreza, castidad y obediencia. Las religiosas de nuestra diócesis siguen siendo esenciales en la difusión del Evangelio, el cuidado de los vulnerables y la formación de nuevas generaciones de fieles. Su papel en la Iglesia Católica es tanto de servicio como de profundo compromiso espiritual, con la misión de vivir el Evangelio a través de la oración, la acción y el testimonio. Somos bendecidos por su presencia.

La Diócesis de Colorado Springs también apoya a las mujeres que viven la vocación de la virginidad consagrada. Las vírgenes consagradas dan testimonio para nosotros de una vocación de total dedicación a Cristo viviendo en perpetua virginidad y celibato. En sus desposorios místicos con Cristo, son una imagen de la Iglesia como Esposa de Cristo. Son un poderoso testimonio del Reino de Dios, dejando de lado todo para el servicio de Cristo.

Invito a todos los fieles de la Diócesis a que se unan a mí para fortalecer y animar a nuestro clero, a los religiosos y a los que están en la vida consagrada. Esto se puede hacer de muchas maneras: rezar por ellos, afirmarlos y apreciarlos, atender sus necesidades uniéndose al ministerio de su parroquia y comunidad de fe, fomentar un espíritu de unidad, promover las vocaciones religiosas, apoyar su formación permanente, estar a su lado en los momentos difíciles y atender su salud. Siendo orantes, comprensivos y participantes activos en la vida de la Iglesia local, los católicos pueden ser una gran fuente de apoyo para estas importantes personas.

³⁸ *Normas básicas para la formación de diáconos permanentes*, 1

Revitalizar Nuestras Escuelas Católicas

Nuestras escuelas católicas diocesanas siguen estando en el centro de los esfuerzos de evangelización, educación y formación de discípulos misioneros de la diócesis. La renovación y revitalización de nuestras escuelas católicas para satisfacer las necesidades de nuestro tiempo sigue siendo una prioridad pastoral en la Diócesis de Colorado Springs. Esto se hace eco del llamado de san Juan Pablo II a promover la educación católica como un aspecto esencial de la renovación de la Iglesia en América: “Debe hacerse un esfuerzo especial para fortificar la identidad católica de las escuelas, las cuales fundan su naturaleza específica en un proyecto educativo que tiene su origen en la persona de Cristo y su raíz en la doctrina del Evangelio. Las escuelas católicas deben buscar no solo impartir una educación de calidad desde el punto de vista técnico y profesional, sino también y sobre todo, proporcionar la formación integral de la persona humana. Dada la importancia de la tarea que los educadores católicos desarrollan, me uno a los Padres sinodales en su deseo de alentar, con ánimo agradecido, a todos los que se dedican a la enseñanza en las escuelas católicas: sacerdotes, hombres y mujeres consagrados, y laicos comprometidos, ‘para que perseveren en su misión de tanta importancia’”.³⁹ Mediante el reciente estudio Meitler y un nuevo plan estratégico para nuestras escuelas diocesanas, seguimos asegurando que la educación católica en la diócesis siga siendo una parte vibrante de la misión de la Nueva Evangelización.

Ayudar a Nuestras Parroquias a Ser Faros de Luz

Para que la Nueva Evangelización sea efectiva para llevar la esperanza y el gozo de Jesucristo a nuestro mundo moderno, *nuestras parroquias deben ser centros de evangelización y discipulado misionero*. La cultura espiritual de la parroquia debe renovarse constantemente en dos direcciones fundamentales. La primera es una renovación que se centra internamente en la conversión y transformación personal para llegar a ser como Cristo. La segunda es una renovación del compromiso externo de compartir la misión de Cristo y la evangelización de la cultura y la comunidad dentro de la cual existe la parroquia. Este es un gran desafío para las parroquias de hoy que requiere un compromiso para una renovación de la visión y la misión. “Hoy en América, como en otras partes del mundo, la parroquia encuentra a veces dificultades en el cumplimiento de su misión. La parroquia debe renovarse continuamente, partiendo del principio fundamental de que ‘la parroquia tiene que seguir siendo primariamente comunidad eucarística’. Este principio implica que ‘las parroquias están llamadas a ser receptivas y solidarias, lugar de la iniciación cristiana, de la educación y la celebración de la fe, abiertas a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, organizadas de modo comunitario y responsable, integradoras de los movimientos de apostolado ya existentes, atentas a la diversidad cultural de sus habitantes, abiertas a los proyectos pastorales y a las realidades del mundo en donde viven’”.⁴⁰

³⁹ *Ecclesia in America*, 71

⁴⁰ *Ibid*, 41

También es importante reconocer a la comunidad hispana en nuestras parroquias y la rica contribución cultural y espiritual que aportan a la renovación de la vida parroquial. Los Obispos de los Estados Unidos han afirmado que: “En este momento de gracia, reconocemos a la comunidad Hispana entre nosotros como una bendición de Dios”.⁴¹ La comunidad Hispana sigue creciendo y actualmente representa un tercio de los católicos de nuestra diócesis, y sus miembros desempeñan un papel importante en la misión de la Nueva Evangelización a la que todos estamos llamados en este momento de la historia.

Por lo tanto, es una prioridad pastoral de la diócesis proporcionar formación continua y capacitación al personal diocesano y parroquial para ayudar a renovar esta auténtica visión de la parroquia. Además, el personal parroquial es más que un personal, es una comunidad de discípulos unidos en Cristo para cumplir su misión de una manera única. El personal parroquial está llamado a tener una espiritualidad de comunión y colaboración para que puedan dar fruto en la tarea de formar discípulos misioneros para la Nueva Evangelización.

⁴¹ USCCB, *The Hispanic Presence: Challenge and Commitment*, 1984

Preguntas de estudio para la tercera parte

1. ¿Por qué necesitamos a Dios para comprender lo que significa ser una persona humana? ¿Cómo vemos hoy en el mundo una concepción errónea de la persona? ¿Qué relación hay entre la esperanza y la comprensión de lo que Dios nos ha creado?
2. La palabra *discípulo* procede del latín “discipulus”, que significa “estudiante”. Teniendo esto en cuenta, ¿qué es el discipulado? ¿Por qué es imposible ser discípulo sin evangelizar a los demás? ¿Cómo estoy viviendo mi vocación bautismal al discipulado misionero?
3. ¿Por qué los matrimonios y las familias sanas y santas son un signo de esperanza para el mundo? ¿Cómo se vive el discipulado misionero en el contexto del matrimonio y la vida familiar? ¿Cómo puedo apoyar la vocación del matrimonio, tanto en mi vida como en la de los demás?
4. ¿Cuál es la relación entre la esperanza y las vocaciones al sacerdocio o a la vida consagrada? ¿He intentado conocer a mi sacerdote o a las religiosas que he encontrado? ¿Cómo puedo ayudar a los jóvenes que conozco a escuchar y responder a la llamada de Dios? ¿Qué puedo hacer en la práctica para apoyar las vocaciones?
5. ¿Qué es la educación católica y qué relación tiene con la esperanza? ¿Por qué puede ser importante para contribuir a la renovación de la Iglesia? ¿Estoy dispuesto a hacer sacrificios para promover la educación católica o para garantizar que mis hijos o nietos reciban una educación católica?
6. ¿He pensado alguna vez en la parroquia como algo más que el lugar donde asisto a misa, como un “hogar” donde se forma la comunidad cristiana y desde donde salimos en misión al mundo? ¿Qué pasos concretos podría dar para ayudar a mi parroquia a cumplir esta misión?

Conclusión

Así que “levantémonos y sigamos nuestro camino”. Con gran confianza encomendamos este Año de la Esperanza y la misión de la Nueva Evangelización en la Diócesis de Colorado Springs a la Santísima Virgen María, especialmente a Nuestra Señora de Guadalupe que es la Patrona de nuestra Diócesis:

Oh, Virgen de Guadalupe, Madre de las Américas, concede a nuestros hogares la gracia de amar y de respetar la vida que comienza con el mismo amor con el que concebiste en tu seno la vida del Hijo de Dios. Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, protege a nuestras familias, para que estén muy unidas, y bendice la educación de nuestros hijos. Esperanza nuestra, míranos con compasión, enséñanos a ir continuamente a Jesús y, si caemos, ayúdanos a levantarnos y volver a Él, mediante la confesión de nuestra culpas y pecados en el sacramento de la Penitencia, que trae sosiego al alma. Te suplicamos que nos concedas un amor muy grande a todos los santos sacramentos, que son como las huellas que tu Hijo nos dejó en la tierra. Así, Madre Santísima, con la paz de Dios en la conciencia, con nuestros corazones libres de mal y de odios, podremos llevar a todos la verdadera alegría y paz, que vienen de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y con el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.⁴²

Dado en la Cancillería de la Diócesis de Colorado Springs, el 12 de diciembre de 2024, la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de la Diócesis.

+James R. Golka
Obispo de Colorado Springs

⁴² Oración de San Juan Pablo II a Nuestra Señora de Guadalupe

Preguntas de estudio para la conclusión

“La Iglesia en un tiempo apostólico necesita tener la misma confianza [que los Apóstoles] en el poder y la bondad del mensaje que lleva, en su potencia transformadora de la vida, en el poder de regeneración y crecimiento de la Iglesia. En particular, quienes ocupan puestos de influencia y autoridad necesitan convencerse de que Cristo es la respuesta a todo mal humano, la solución a todo problema humano, la única esperanza para una raza moribunda. Necesitan convencerse de las malas noticias: que la raza humana, por su propia rebelión, ha traído una maldición sobre sí misma y se ha vendido como esclava al príncipe de las tinieblas, y no hay nada que podamos hacer bajo nuestro propio poder para salvarnos. Al mismo tiempo, necesitan estar igualmente convencidos de la Buena Nueva: que Dios, en su misericordia, ha venido entre nosotros para liberarnos de nuestros pecados y de la esclavitud del demonio, y para quienes se vuelven a su verdadera lealtad, la pesadilla de la vida al margen de Dios puede transformarse en un amanecer de esperanza eterna. Necesitan saber, por su propia experiencia, que la obediencia al Evangelio es libertad perfecta, que la santidad conduce a la felicidad, que un mundo sin Dios es un páramo desolado y que la nueva vida en Cristo transforma las tinieblas en luz”
(De la cristiandad a la misión apostólica, pág. 37).

1. A medida que disminuye la visión cristiana del mundo, nos encontramos en una época muy similar a la que vivieron los Apóstoles. Esto significa que necesitamos proyectar una visión muy diferente a la del mundo: una visión auténticamente católica y sacramental. ¿Estoy convencido de que Dios me ama y de que vivir la vida en unión con Cristo es la única manera de encontrar esperanza y felicidad? ¿Cómo puedo purificar mi visión para ver mi vida, la Iglesia y el mundo con ojos de esperanza?
2. ¿Creo que nací para estos tiempos? ¿Por qué sí o por qué no?
3. Al comenzar este Año de la Esperanza, ¿dónde veo que Dios me llama a crecer en esperanza y a llevar esperanza a los demás? ¿Qué pasos prácticos puedo dar para acercarme más al Señor? ¿Cómo puedo llegar a conocer mis dones, talentos, carismas y misión?